

Narrar el aciago porvenir: políticas de emergencia y excepción en dos novelas hispanoamericanas contemporáneas

Depicting a Fateful Future: Emergency and Exception Policies in Two Contemporary Latin American Novels

Luis Mora-Ballesteros

United States Naval Academy, Estados Unidos
moraball@usna.edu • orcid.org/0000-0003-1143-9783

Recibido: 19/10/2024. Aceptado: 03/12/2024.

Resumen

El presente trabajo efectúa un análisis descriptivo de la *ciudad programática* manifiesta en las novelas *El sueño de Mariana* (2008), del escritor salvadoreño Jorge Galán y *Angosta* (2003), del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince. Por consiguiente, el estudio plantea los siguientes interrogantes: a) ¿a qué atiende la organización de los hitos urbanos expresos en la trama narrativa de las novelas *Angosta* y *El sueño de Mariana*?; b) ¿cómo se configura la distopía urbana?, y c) ¿cuáles son las marcas estilísticas y las estrategias narrativo-compositivas empleadas por los autores? A partir de las eventuales respuestas, se describen los procedimientos de intervención en la vida civil manifiestos en ambas ficciones, en los que se emplean la inteligencia artificial, la clonación, la cibernética y la robótica, como políticas de segmentación, apartamiento y excepción que vaticinan un futuro distópico.

Palabras clave: distopía, clonación, inteligencia artificial, segmentación, políticas de excepción

Abstract

This paper delves into a descriptive analysis of the programmatic city as depicted in the novels *El sueño de Mariana* (2008) by Salvadoran writer Jorge Galán, and *Angosta* (2003) by Colombian writer Héctor Abad Faciolince. The study seeks to answer the following questions: a) What is the purpose of organizing urban landmarks within the narrative structure? b) How is the urban dystopia shaped? c) What stylistic features and narrative-compositional strategies do the authors employ? Drawing on these inquiries, we

describe the mechanisms of intervention in civic life portrayed in both fictions, where artificial intelligence, cloning, cybernetics, and robotics are utilized as segmentation, separation, and exclusion tools, foretelling a dystopian future.

Keywords: dystopia, cloning, Artificial Intelligence, segmentation, exception policies

Preliminares: dos porvenires nefastos

La novela *El sueño de Mariana* (2008), de Jorge Galán¹, aborda temas como el poshumanismo, la segregación social y la exclusión en el espacio urbano. Se destaca el tratamiento narrativo de un próximo desastre ecológico, la clonación humana, los viajes interestelares, el calentamiento global, la polarización radical entre pobres y ricos, y la explotación sexual de personas en un futuro poshumano. Mariana, el personaje protagonista, es testigo de los hechos atroces que cometen las empresas ClonDreams y ClonLife. La fecha en que acontecen los eventos narrados es imprecisa; no obstante, se estima que este *otro mundo posible* se halla a varios siglos de distancia de nuestro presente como lectores. Hay que destacar que el territorio sobre el que se instala la megalópolis de Puerto Baar (ciudad favorecida por la tecnología, pero con un urbanismo distópico) es un espacio hiperconectado. Según nuestro patrón de lectura, consideramos que la *ciudad programática* manifiesta en el tejido narrativo de esta novela salvadoreña es heredera de la tradición de las distopías clásicas, puesto que traslada los conflictos y las preocupaciones ciudadanas a un espacio *otro* y recrea una ambientación prospectiva, cruel y decadente. *El sueño de Mariana*, como distopía, según Andreu Domingo (2008), “denuncia o pone sobre la mesa la terrible realidad de lo que aún no ha llegado a ser, pero ya está ahí” (p. 25). Por consiguiente, la eventual concreción posterior, representada de modo hiperrealista, instaura el miedo distópico entre los habitantes de la futurópolis de *El sueño de Mariana*. Es decir, se teme que los sujetos/ciudadanos sean despojados de su inherente humanidad y, en

1 Seudónimo de George Alexander Portillo (San Salvador, 1973), quien es también poeta y dramaturgo.

cambio, sean considerados como mera materia prima de los ensayos sociales, conejillos de Indias de experimentos científicos, convirtiéndose así en rehenes de la distopía. Como lo afirma Antonio Pineda (2021), “otro elemento fundamental a la hora de conceptualizar el género es el factor social. El horror infernal que conforma la distopía debe afectar potencialmente a la sociedad en su conjunto o a grupos sustanciales de personas” (p. 15). En ese caso, la prosa de Galán convierte en sustancia literaria los miedos contemporáneos relacionados con el desarrollo e imperio de la inteligencia artificial y los dominios cada vez más abarcentes de las compañías globales en el campo de la industria tecnológica, y los transforma en paisajes urbanos estetizados e hiperrealistas.

Por su parte, *Angosta* (2003), la novela del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince², despliega temas que permiten rápidamente vincularla con *El sueño de Mariana*. Al igual que en el texto de Galán, en *Angosta* también es perceptible la narración de hechos que apuntan a la segmentación, la segregación y la cartografía sociales. Desde luego, en *Angosta* es igualmente patente la distopía, en específico, en relación con el diseño de un universo *otro* (alternativo) cuyo régimen de gobernanza urbano se instala en un tejido narrativo umbrío: priman la sospecha, el pánico y el desencanto. En *Angosta*, “cada vez que hay un atentado, sin falta, caen los magníficos fuegos artificiales de los misiles teledirigidos desde los satélites. Aterrizan con gran estruendo en Tierra Caliente” (Abad Faciolince, 2020, p. 123). Desde la apertura del texto, en voz de uno de los personajes, el narrador de Abad advierte de la desigualdad entre quienes habitan la ciudad de nombre homónimo a la ficción: “en Angosta, si uno no es segundón, para no morirse de hambre requiere por los menos tres trabajos” (p. 37). Igualmente, en las distintas fronteras que dibuja *Angosta*, destaca un primer narrador: Jacobo Lince, residente del Hotel La Comedia. En la primera parte de la novela, Lince lee un documento en el que se relatan los eventos anteriores a la distribución y ordenamiento espacial

2 El autor (Medellín, 1958), ganador de importantes premios literarios, es también periodista y columnista.

actual de la ciudad de Angosta. En la librería La Cuña, lugar del cual es propietario Lince, se guarda el acervo patrimonial de la *ciudad anterior*. Lince ausculta entre legajos y halla un libro raído y pálido que simula ser una pieza de imaginaria: una crónica historiográfica, firmada por un geógrafo alemán, que detalla la fundación y el pasado prehispánico y aborigen de la ciudad, así como la nostalgia que implica su devenir histórico. Estas últimas isotopías presentes en el texto de Abad, las cuales nos permiten establecer un lazo con las categorías principales de nuestro estudio (las intersecciones *política y literatura, ecología y literatura, tecnología y poder*, o cualquiera de sus potenciales combinaciones), pensamos que se organizan en dos de los más significativos ejes fundacionales sobre los que pivota la historia de exclusión, segmentación y estratificación. A nuestro juicio, el mundo que la novela transmite y, sobre todo, el conjunto de reglas impuestas por una élite sociopolítica privilegiada, la emparentan con *El sueño de Mariana*, aun cuando ambos relatos se diferencian en estructura, estrategias narrativo-compositivas y extensión³.

Horizontes y mediaciones

Ambas novelas enuncian como problema la crisis de gobernabilidad y manifiestan la incertidumbre frente a la transición y el cambio de modelo urbano de finales del siglo XX. Una expresión clara de este cuestionamiento sobre el mañana es que, tanto en *Angosta* como en *El sueño de Mariana*, el pasado idealizado de la ciudad preexistente se antepone al presente de la urbe novelada. Así, la masa de la población, abúlica e inhibida, sostiene una relación de adhesión/rechazo, identificación/resistencia, con las visiones de la ciudad futura de las ficciones. La mutación urbanística y las condiciones de vida causan desesperanza e inopia entre los habitantes de Angosta y Puerto Baar, quienes, con nostalgia, claman por un pasado mejor. Analizar el vaticinio del porvenir exige, pues, detenernos en el

3 La obra de Galán es una novela corta, cuya única edición la hizo el sello F&G Editores en 2008; la novela de Abad, publicada originalmente en 2003, es una pieza de 344 páginas en la edición de Alfaguara del año 2020.

examen de los escenarios imaginarios que brindan estas urbes distópicas, cuyo reflejo especular se percibe en el mapa de ciudades reales como San Salvador, Bogotá o Medellín. Según Fernando Gaja i Díaz (2016), un punto de inflexión que alimenta esta hipótesis se basa en la controversia que supuso, desde el pensamiento urbanístico, el paso de la ciudad moderna a la ciudad informacional propuesto por Manuel Castells, o la Postmetrópolis propuesta por Edward Soja, que incluyen, entre sus principios, la vigilancia, el control y la supervisión a través de sofisticados mecanismos y dispositivos de control social. M. Christine Boyer (1996) resume en buena manera lo dicho:

En las sociedades disciplinarias que han modelado la conducta están dando lugar a sociedades numéricas con un control modular facilitado por la tecnología informática. Hemos evolucionado desde el uso de las máquinas de producción que requieren una fuerza de trabajo disciplinada y una ciudad eficientemente planeada y organizada a habitar lo que se conoce como un espacio que fluye, definido por redes informáticas globales —una membrana de conectividad y control en flotación libre que circunda el globo de manera ultra rápida y que permite que surja un nuevo orden económico de corporaciones multinacionales. (p. 18)

El sueño de Mariana, como novedad en la ciencia ficción centroamericana que explora una nueva topografía *no deseable*, presenta diversas características y elementos fictivos que nos permiten definir esta novela como la proyección de una ciudad y una sociedad tuteladas por la fiscalización y la vigilancia de un Estado digital, antiintelectual y totalitario. Repararnos, asimismo, al observar los rasgos manifiestos en *Angosta*, que estos pivotan sobre la trascendencia del linaje, la herencia y la heráldica, que asignan a los ciudadanos coordenadas y espacios urbanos de acuerdo a sus antecedentes familiares y los someten a los dispositivos de control que derivan de estos procedimientos de geolocalización.

Amurallamiento y segmentación urbanos

Al plantear una sociedad futura, fiscalizada y sombría, *El sueño de Mariana* se inscribe en el panorama de las letras salvadoreñas como una de las pocas piezas de extensión breve que proyectan *el peor de los mundos*

posibles. Esto permite vincularla con algunos de los relatos característicos de este subgénero literario de la ciencia ficción, los cuales comprenden ficciones de corte especulativo, textos narrativos sobre el impacto del uso de la tecnología en las sociedades humanas, la presencia de la distopía⁴, el debate sobre la extensión de la vida, la inevitabilidad de la muerte o las fabulaciones posapocalípticas. Sin embargo, y a pesar de ser elementos esenciales en las narraciones de este cuño, en *El sueño de Mariana* no se mencionan la fecundidad o el natalismo: no son frecuentes las claves para suponer que la novela alerte sobre estos fenómenos y señale la insuficiencia reproductiva. La temática demográfica se expone a través de otros aspectos. En la novela se promueve una política taxonómica de las personas, instancia que suma en la valoración de *El sueño de Mariana* como una “tecnodistopía”⁵ urbana. La topografía que aparece en los distritos colindantes a Puerto Baar, donde, por ejemplo, se menciona que uno de sus habitantes, Adrián Moss, “vivía entre las nubes, en el nivel ciento cuarenta y tres del megaedificio Proemios” (Galán, 2008, p. 133), es la de los barrios degradados dependientes de la ayuda social. Esta segregación espacial impuesta por la arquitectura de los megaedificios se traduce en la estratificación social que se experimenta en los “círculos”. Veamos, a continuación, un breve ejemplo que podría ilustrar todo:

Sin estarlo, estaban presos, y se sabían presos y se sentían así, pues no tenían opción de vivir más que donde vivían, y salir de ahí implicaba, no tanto un esfuerzo personal sino otra cosa, algo que tenía que ver con la fortuna, o con la gracia divina, para quienes eran religiosos. (p. 43)

De forma prospectiva y en uso de estrategias de representación y modelado de la realidad urbana, el narrador designado por Galán expone el diseño de un mapa metropolitano mediante figuras que remiten al imaginario de la estrechez, lo ruinoso, lo ilegal y la pequeña escala. Estas

4 Vale destacar que no toda narración de ciencia ficción es distópica; citense como ejemplos *Un hacedor de historia*, de A. Gray, y la saga *Fundación* o la colección *Sueños de robot*, de Asimov. Las *Crónicas marcianas*, de Bradbury, tampoco calificarían como distopía.

5 En criterio del arquitecto y urbanólogo F. Gaja i Díaz (2016), en las tecnodistopías, la información es usada con fines de espionaje y control social por parte de una minoría plutocrática.

figuras son los ya mencionados “círculos”: locaciones en apariencia pequeñas, simples y de ornamento modestos, si se comparan con el esplendor y el portento con que se describen los megaedificios:

Las puertas del megaedificio Lexus se abrieron y Mariana pasó a través de ellas y entró a un salón amplio, rodeado de ventanales desde donde podía verse el mar. Todo el lugar olía a bosques pues estaba aromatizado. Lejana, íngrima, se escuchaba al menos en ese salón de entrada, la música de *Claro de luna* de Debussy. Mariana subió a un transportador horizontal que la llevó a un restaurante situado en una terraza forrada de cristal donde almorzó algo de sushi de pez globo y cangrejo. (p. 100)

Más que una comunidad con existencia orgánica, consideramos que esta ciudad *ulterior* se asemeja a una corporación tecnológico-digital, si particularizamos la asociación e interrelación de sus miembros y actores. En consecuencia, las comunidades terrestres y las colonias cósmicas representadas en la novela tienen una estratificación geodésica. Pese a esta regulación y marcado espaciales, “en los círculos las aceras no estaban climatizadas como en los megaedificios de Puerto Baar. En los círculos las aceras seguían siendo de cemento, como hacía un siglo. La tecnología no podía llegar a todos lados, eso había oído decir en los noticiarios” (p. 25). En otras palabras, el mensaje oficial para los ciudadanos es claro: se ocupa el territorio conforme al grupo social de pertenencia: se hace vida según lo disponga el “sistema”, en urbanismos y barriadas o en suburbios ultramodernos y regulados.

En el caso de *Angosta*, el amurallamiento (real y figurado) se constituye en uno de sus principales elementos de análisis. Los consecutivos cambios en el mapa urbano respaldan la obsesión y preferencia de sus administradores por el encierro. Angosta está clausurada para la mayoría, solo abierta para unos pocos: “desde hace treinta y dos años Angosta no es una ciudad abierta; nadie está autorizado a desplazarse libremente por sus distintos pisos” (Abad Faciolince, 2020, p. 23), señala el narrador de la “crónica” que lee el protagonista Jacobo Lince y que reúne hechos de orden historiográfico sobre el desarrollo de la urbe actual de la novela. Los puntos de control (*check points*) y acceso a Paradiso y al Sektor T de la zona exclusiva de Angosta, la hacen una ciudad coercitiva; el imperio de la ley y

el orden es opresivo. A Paradiso solo se puede acceder según lo disponen las normas migratorias establecidas en sus manuales. Por ejemplo, sus disposiciones contemplan que el derecho de admisión al Sektor T se obtiene por nacimiento o se gana con la demostrada consanguinidad en primer o segundo grados con un angosteoño de origen. Este salvoconducto también se obtiene mediante la unión civil con algún nacido o residente de Tierra Fría. Otros sujetos más prósperos compran una suerte de visado de negocios o de inversión. En el caso del personaje Jacobo Lince, esta es la vía a la cual ha optado para alcanzar la residencia legal. El dinero le permite surfear esta condición obligatoria, algo que a los demás pobladores del Hotel La Comedia les resultaría inaccesible.

Aunque en la ficción de Abad no hay mayores indicios del natalismo como otro rasgo característico de la distopía, los habitantes de Angosta rechazan los abortos, que suelen ser “sangrientos y clandestinos [...] pues la ley los define como infanticidio” (p. 51). No obstante, entre ese endogrupo de profesores, dones y doñas venidos a menos, destacan los renegados o filántropos. Tal es el caso del señor Burgos, dueño de Ron Antioquia, quien reclama el derecho y la igualdad: “Para que ‘todos los angosteoños, sin distingo de origen de clase, recuperen el goce de su ciudad’, como explica un folleto que explica su misión” (p. 30).

Algoritmo y programación urbanos

Mención aparte merece la pintura de la ciudad programática de la ficción de Galán. Tal retrato, aun en medio de lo distópico, apunta a lo grandioso. El tono magnánimo con el que se describe Puerto Baar pinta la ciudad de modo tentador. La postal de una ciudad a pie de costa, en contraste con la estrechez y oscuridad de los círculos que la circundan, es otro atino del narrador. En esta estrategia de representación y modelado se pueden apreciar las oposiciones ciudad/margen, centro/periferia, urbanismo/barriada, morada/edificación. Veamos este ejemplo:

Puerto Baar empieza en la playa con un puerto tras el cual se elevan, impresionantes como jamás se vio en la historia de la humanidad, dieciocho construcciones conocidas como megaedificios. No es la ciudad más poblada

pero sí la más moderna y espléndida. La ciudad se divide en tres hexágonos. Los puntos que unen cada una de las líneas perfectas que los forman son los megaedificios. En el hexágono, todos los megaedificios se unen entre sí, lo mismo que cada hexágono se une al otro a través de extraordinarios puentes. Un circuito cerrado de donde no hay necesidad de salir, salvo si uno quiere ir a un estadio o a un bosque o al aeropuerto o la playa o al cielo. (Galán, 2008, p. 116)

Creemos que el diseño arquitectónico de la ciudad como dispositivo⁶ celebra el plano urbanístico de Puerto Baar y suscita en todos sus ciudadanos un afán por descubrir qué se halla entre los pasajes, puentes y veredas de cada una de sus instalaciones. Es lícito pensar que la ciudad proyectada adquiere una tez insospechada, aunque intencional. Quienes la visitan no se atreven a imaginar que esa urbe fortificada, apertrechada y amurallada, tan atractiva por su exclusividad, sus escaleras y puentes eléctricos, es también una suerte de cárcel futurista, incluso para sus propios habitantes, pese a lo exuberante de sus modos de vida. Muy a pesar de los privilegios que poseen sobre la prolongación de la vida, la inevitabilidad de la muerte y el placer sexual que roza lo pornográfico y lo escatológico, están expuestos al poder que emana de la sola presencia de la urbe.

Asimismo, la estética robótica, cibernética y androide que coexiste a la par de la vida orgánica en una compleja red de viviendas y desarrollos habitacionales en extremo artificiales, induce a pensar que en la ficción subyace una crítica al modelo desarrollista impuesto por las megaciudades del capitalismo tardío. Señalamos esto debido a que en *El sueño de*

⁶ Respecto de esta *ciudad como dispositivo*, en palabras de P. Waelder Laso (2019), “durante la última década se ha popularizado el término, a medida que se ha producido una carrera entre las grandes ciudades (y particularmente, las aspirantes a ocupar un lugar relevante entre las capitales del mundo) por implementar proyectos tales como redes wifi públicas, alumbrado inteligente, control de tráfico, espacios de recarga de coches eléctricos o sistemas de vigilancia y prevención de delitos. La progresiva transformación de ciertas ciudades en smart cities ha sido promovida, desde sus inicios, por grandes multinacionales del sector tecnológico como IBM y Cisco Systems. Para estas empresas, la posibilidad de liderar la transformación digital de las ciudades es una enorme oportunidad de negocio, a la vez que un campo de pruebas para sus productos y una fuente inagotable de datos con los que crear soluciones innovadoras que les otorguen una ventaja frente a sus competidores” (p. 13).

Mariana se exhibe una visión de *comunidad algorítmica*, estrictamente planificada, aunque desigual.

Los inmuebles descritos en los modernos y lujosos apartamentos se suman al extenso inventario de elementos que establecen una notoria diferencia entre los habitantes de los círculos y la población de Puerto Baar. Los círculos

[...] servían incluso para hacer una separación entre lo que era y lo que no, entre los seres humanos prósperos que podían disfrutar de los avances científicos, comprar una unidad robótica o mandarse hacer un clon a la medida de sus necesidades o viajar a la estratosfera o a Marte o ver de cerca los anillos de Saturno. (Galán 2008, p. 42)

En la obra se nos dice que los círculos fundan la distinción de lo que debe, o no, considerarse “prosperidad”; por extensión, éxito. En la novela solo unos pocos tienen la potestad de conocer las galaxias o de hacerse del servicio de máquinas. A este listado de exenciones deben añadirse, además, el acceso a los bienes y servicios de salud, la oportunidad de matrícula en centros de estudio y el subsiguiente ejercicio de una profesión por los más destacados de sus vecinos, muchos de ellos ingeniosos programadores de sueños. La profunda desigualdad que se percibe incluso en el oficio de la programación de sueños impone una incógnita sobre la posible doble referencialidad del título. ¿Por qué sueño? ¿Remite este a *anhelo* o *aspiración*? ¿Por qué es Mariana la que sueña? ¿Qué sueña?

En primer lugar, la de la novela es la capital quimérica de una nación distante que, lejos de ser portaestandarte de la libertad, la igualdad, la inclusión, el progreso y el avance técnico-científico en beneficio de todos, parece una utopía fallida. Los ciudadanos de la ficción viven en un permanente estado de sitio. En este sentido, la estructura narrativa del relato es efectiva. El estado de excepción instalado *de facto* y los toques de queda organizados por la propia población civil facilitan el control y la vigilancia estatales.

Como epifanías negativas basadas en la cancelación, la negación o la inexistencia, concurren, tanto en *Angosta* como en *El sueño de Mariana*, un conjunto de bienes intangibles de los que se han arrogado los

correspondientes gobiernos. Algunos de estos bienes, valores o principios pasan ciertamente desapercibidos frente a la preminencia de la pirotecnia de los artificios y juegos narrativos empleados por Galán y Abad. Los sujetos políticos de los Sectores C, D y F de Angosta y de los círculos colindantes a Puerto Baar carecen de una libertad plena. El Hotel La Comedia⁷, en el caso de *Angosta*, funciona como tamiz. En este se filtra y clasifica a los huéspedes según su poder económico. El sistema taxonómico que articula la seguridad angosteña dispone de las personas de acuerdo a sus bienes financieros: “El noveno piso, o gallinero, es el de menos rango de todo el escalafón. El gallinero tiene un solo baño para todos los cuartos, al fondo del corredor, con dos duchas y un par de sanitarios divididos por mamparas de lata” (Abad Faciolince, 2020, p. 48). La Comedia funciona, además, como vestíbulo: quienes se hospedan en sus habitaciones están a la espera o prestos a solicitar ingreso a los Sectores distinguidos.

Políticas de emergencia y excepción

De tiempo y espacio lejanos, la prometida ciudad del mañana de *El sueño de Mariana* se torna en el sueño umbrío, pesimista y calamitoso en el que se cometen las mayores de las atrocidades, en nombre del bienestar de los individuos más aptos (en todo caso, privilegiados) de una élite económica y política que juega a ser arquitecto del destino de los otros: los habitantes que viven los círculos. En efecto, en la urbe y la sociedad representadas en la novela de Galán se socavan las oportunidades de la masa laboral. La división clásica del trabajo se ve afectada por las decisiones administrativas del gobierno digital de la urbe. Prima un interés por la robotización. En tan peculiar futuro poshumano, las plazas de empleo son insuficientes, pues, “en los círculos no había casi nada que hacer y los trabajos sencillos y poco remunerados en las megaciudades era realizados por unidades robóticas” (Galán, 2008, p. 42-43). La presencia de

⁷ El nombre del hotel y sus nueve pisos remiten al infierno de la *Divina Comedia*.

la tecnología también contribuye a dividir y sectorizar la urbe imaginada por Galán en megaedificios y círculos.

Mariana, como habitante de las zonas en las que residen familias de bajos recursos, ignora, en su candidez, que el proceso de reclutamiento de personal administrado por ClonDreams tiene como objetivo la clonación. Menos sospecha que la reproducción en masa de copias de especímenes humanos satisface los más insólitos placeres de un grupo de individuos privilegiados. Para Domingo, uno de los cometidos “clásicos” de la distopía, denunciar a un aparato gubernamental totalitario, se ha ampliado a fin de señalar a otras instancias de poder:

[...] ya no se sostiene contra un Estado autoritario cuya estructura ha sido copada por un partido familista y natalista (aunque persista en las obras de Fairbairns, de Atwood o de James, y lo haga para ejemplificar la dominación masculina). Aparecen nuevos agentes, que en algunos casos sustituyen completamente al poder estatal (débil o completamente indiferente): las corporaciones, las multinacionales y los científicos visionarios son ahora sospechosos. (p. 251)

Esto que afirma Domingo tiene su equivalente en la obra. La deliberación sobre el futuro de los potenciales candidatos para ingresar en calidad de trabajadores está a cargo de la presidencia de ClonDreams, una empresa de reputación ostensible, cuyos vínculos se extienden a lo amplio de un territorio regentado por un régimen opresor. Tal gobierno digital, que permanece a la sombra de la mayoría de los pobladores del país y la nación representados, tiene como prácticas la segregación y la clasificación sociales. Esta opacidad e invisibilidad en el ejercicio de gobierno es un rasgo típico de las ficciones distópicas en las que se recurre al panoptismo. Para quien gobierna, vigila y comercia con las acciones humanas en cada uno los círculos y Puerto Baar, el anonimato es fundamental. De hecho, que otro u otros operen como su brazo ejecutor resulta ideal. La clase dirigente de esta urbe evita a toda costa ser vista por los individuos a quienes espía, compra, controla o tiene como cautivos. *El sueño de Mariana*, como novela distópica, se alimenta de la omnipresencia y la vigilancia eficaces. ClonDreams, firma de carácter privado, presidida por un ingeniero y emprendedor de las tecnologías (señor Petersen), se sirve de

la inteligencia artificial para garantizarse el monopolio del “negocio de los sueños”. Dicho control lo sitúa en una posición privilegiada para ofrecer a su red de clientes el manejo absoluto de la vida de los ciudadanos de una megalópolis excluyente y hostil.

La atmósfera angosteña, por su parte, somete a sus ciudadanos vulnerables a la vigilancia y supervisión permanentes. Bajo la excusa de instituir el orden y la seguridad necesarias, el Tribunal y otros órganos del poder de Angosta atentan contra las libertades de las clases desprotegidas de la licencia de movilidad. La sensación de indefensión e inseguridad se experimenta por partida doble. Por un lado, la nocturnidad angosteña no genera confianza alguna entre los huéspedes del Hotel La Comedia, por lo “insegura que se ha vuelto la vida en Angosta, cada día peor, y lo peligroso que resulta salir de noche en Tierra Templada. Dichosos los de arriba que pueden quedarse fuera hasta tarde” (Abad Faciolince, 2020, p. 90), expresa el testimonio de los participantes en la tertulia que se organiza en casa del señor Rey, y que se recoge en las páginas del diario el poeta Zuleta. Por otro lado, este aparente estado de sitio, dictado por el régimen despótico que sospecha de sus ciudadanos, promueve en el lector cierta sensación de solidaridad y camaradería compartida por la polifonía de voces del texto. Pensamos que Abad ha elaborado esta situación/acción para que los personajes y hablantes, además de sus miedos y frustraciones, atestigüen la sensibilidad y humanidad características de quienes se encuentran en este estado límite y que, aun así, no son despojados de estos valores y principios humanos. Por ejemplo, en el diario de Zuleta leemos:

La vida es azarosa en el Sektor C, y muy amarga, porque está todo el tiempo salpicada de muerte, casi todas las noches aparecen mujeres violadas, niños con tiros de fusil en la frente, y muchachos asesinados, a veces decapitados, con las partes repartidas en distintos costales. Les ponen letreritos: ‘Pa Ke aprendan’ ¿Pa que aprendan qué? No se sabe. (p. 183)

Los responsables de estas atrocidades son los miembros de la Secur, la agrupación paramilitar representada en la ficción. Su accionar es parte de la política de excepción y profilaxis social, y se les asocia con fines político-partidistas. Los sectores del Sektor C y la Tierra Caliente son objeto frecuente de requisas, redadas y operativos. La población civil se encuentra

en el medio de la línea de fuego. El hostigamiento del que son víctimas revela otro de los símbolos de esta ciudad sitiada, segmentada y hostil; así, la ficción de Abad se transforma en un campo de guerra. La masa degradada es rehén del Estado totalitario y de las bandas que controlan los sectores populares. Como si no bastase con la acción de estos grupos paraestatales que someten al chantaje y a la extorsión a las localidades frágiles, los órganos de vigilancia angosteanos no cesan en su empeño de probar otros dispositivos de control de ciudadanos. Podemos entender estos dispositivos también “como aquellos discursos, instituciones, edificios, leyes e ideas morales que tienen la capacidad de orientar, modelar y controlar las conductas, opiniones y discursos de las personas” (Waelder Laso, 2019, p. 10). En otras de las entradas del *blog*, que es también el cuaderno/diario de Zuleta, se rinde este testimonio:

Al marido de doña Luisita, dice Rey, lo sacaron de la casa en Prado (cuando Prado era Prado, y no esta pocilga de ahora) una madrugada, de eso hace más de quince años. Eran matones de la Secur. Llegaron en varios jeeps blindados, con las luces exploradoras encendidas todo el día. Inmovilizaron al mayordomo que los atendió a la entrada de la casa, subieron hasta el segundo piso, tumbaron la puerta del cuarto con una almádena y se lo llevaron tal como estaba, en pijama y descalzo. Cuando el hijo de doña Luisita, apenas un adolescente, salió de su habitación y se les opuso, cargaron también con él, “porque es cortar el árbol y quemar la semilla”, eso habían dicho. Ambos aparecieron pocas horas más tarde, las manos atadas con alambre, la espalda y el estómago quemados con colillas de cigarrillos, los brazos y el ombligo pellizcados con alicates, con varios tiros en la cabeza y el abdomen. Tenían un letrerito sobre el pecho, escrito a mano: “Por colaboradores del CEA”. (Abad Faciolince, 2020, p. 91)

El horror impreso en el fragmento anterior revela lo atroz y cruel que puede llegar a ser un régimen despótico y tiránico con los más indefensos. Asimismo, los grupos beligerantes, como el autodenominado Contra el Apartamiento (CEA), un “pequeño grupo guerrillero que fue destruido por el ejército en los tiempos de la división de Angosta” (p. 91), no tienen cabida en la ciudad regulada e hipervigilada.

De forma similar, como narración de la decadencia y el fin de los tiempos, *El sueño de Mariana* incluye el desamparo y la indiferencia. La ciudad del futuro no es más que una entidad física, ordenada y regimentada. El sujeto se sirve de la ciudad. En el caso de la ficción de Galán no parece existir una posibilidad de intercambio distinta a la transacción y a la transitoriedad. La urbe del futuro ideada por el escritor salvadoreño no permite contemplar esos instantes de aura de los que disfrutaba el paseante de la metrópoli anterior. Caso contrario, la hipertrofia metropolitana del porvenir distante instituye una visión patrimonial perecedera y fácilmente canjeable. En la velocidad de su intrincada red de canales y autopistas no hay lugar para pensar en los *otros* que germinan en sus márgenes:

Si algún día la tierra era abandonada, la abandonarían aquellos que vivían en los megaedificios, en las ciudades ultramodernas, pero nadie pensaría en la gente de los círculos, quienes se habían quedado atrás, campesinos o artistas o soñadores que no hacían más que tomar el fresco y beber café y hablar de tiempos ya idos y comer en comedores que proveía la beneficencia. (Galán, 2008, p. 43)

No menos significativa se nos revela la segmentación de las clases de la sociedad. En primera instancia, las patentes asimetrías entre quienes ostentan un hogar amplio y espacioso y aquellos que poseen una vivienda unifamiliar reducida, se reflejan en las cláusulas de acceso a la ciudad, al mar, a la playa, a la naturaleza y al aire libre; suponen a este respecto un indicador confiable de la calidad de vida de los habitantes de esta ciudad vanguardista y, no obstante, distópica. Reparemos en tres fragmentos:

La casa a donde se dirigían era un lugar poco espacioso, con una sala diminuta en la que flotaban el olor terroso del incienso y que estaba adornada con piedras de formas extrañas y flores cortadas cada mañana situadas en floreros de barro y retratos de la señora Velia, su única habitante. (p. 34)

Aura dijo que no era un cliente habitual pero que había estado con ella tres veces en las últimas dos semanas. Un tipo sofisticado, cuarenta y cinco años, bien vestido, que había vivido unos meses en una colonia lunar y le había pedido que se fuera unos días con él a su apartamento, que la llevaría

a pasear a donde ella quisiese, podían viajar a la estación lunar en noviembre y quizás ir de expedición a una de esas islas llenas de animales recuperados quizás en África o Nueva Zelanda, donde manadas de caballos salvajes corrían en las llanuras. (pp. 37-38)

Cuando llegaron a casa Mariana y la señora Lena prepararon café y lo bebieron frente a la ventana, mirando la lleve llovizna que caía, y hablaron sobre cosas menos terribles, sobre el mar, sobre ese deseo que tenía cada una de verlo, hacía mucho que no veían el mar y Mariana le dijo a la señora Lena que le pediría a Jan que hiciera un programa de sueños con el mar incluido, que así podrían verlo mejor y disfrutarlo cada noche. (p. 66)

Pensamos que tales prerequisites y condiciones para el goce y disfrute de lo público y lo natural se instalan en el tejido de la trama de *El sueño de Mariana* como arquetipos de una clara estratificación socioeconómica. La pertenencia a un grupo social determinado asegura el poder que se ejerce sobre las vidas de los otros. Quien ostenta el poder tiene la capacidad de elección. Dicha casta social mora en las alturas, tiene acceso al lujo, al agua y al paisaje natural; incluso goza de salvoconductos en caso de que la vida sobre el planeta Tierra se extinguiese o decidiesen mudarse a otra galaxia. Asuntos que tanto a Marina como a sus congéneres que habitan en los círculos les resultan prohibitivos e inimaginables, pese a ser una entusiasta del cambio de vida y de esfera social:

Entonces deseó, mientras el señor Petersen le explicaba algo sobre un contrato que debía firmar, que ojalá fueran muchas copias⁸, tantas que fueran suficientes para ganar el dinero que la alejaría de los círculos y la llevaría a un apartamento en Puerto Baar. (p. 49)

La necesidad contrapuesta a la sobreabundancia de enseres y oportunidades de desarrollo ilustra el ánimo e incluso el estado de salud mental de los ciudadanos de la ciudad imaginada en *El sueño de Mariana*. Tanto pobres como ricos apetecen tener una copia humana (un clon) de sí mismos o de otros que les ofrezca cierta satisfacción garantizada. El narrador lo afirma del siguiente modo: “los clones a la medida eran caros,

8 Las “copias” son clones y son deseables por ciertas razones.

pero eficientes. Si uno adquiría una unidad podía estar seguro de que conseguiría justo lo que necesitaba” (p. 39). Mientras los que habitan entre el hacinamiento y la exclusión aspiran a abandonar los círculos y el planeta, los que moran en las alturas y lucran con el negocio de la clonación rozan la locura; parecen despojados de todo rasgo de humanidad.

El gobierno angosteño, es, por su parte, muy eficiente en el manejo de la seguridad y la violencia urbanas, y deja la actuación de grupos y bandas criminales a su albedrío. En oposición a Paradiso, la Tierra Caliente es escenario ideal para la instauración de un régimen *de facto* dirigido por grupos armados. La administración de la violencia hace que sus dominios ostenten centros y periferias que son terreno fértil de la exclusión, el terrorismo y la criminalidad urbanas. Aquí, un diálogo que ilustra lo dicho:

–¡Quieto hijoeputa o te morís!

El muchacho, una cara desfigurada por la ira y el miedo, le apoyó la hoja del cuchillo contra el cuello.

–¡Me vas entregando rapidito todo lo que llevás, rico hijoeputa! (Abad Faciolince, 2020, p. 199)

A la par de la inseguridad, la pobreza y la miseria de los Sectores, se suman otras aristas que compendian el símbolo de esta ciudad desigual y hostil. La Tierra Caliente está llena de tugurios y sitios de reputación y moralidad cuestionables. A este respecto, el orden de las zonas ricas de Paradiso y los Sectores desfavorecidos contrastan con el declive y la desidia de las secciones que circundan la conurbación y el Hotel La Comedia. Esto es patente en un testimonio recogido por Andrés Zuleta en su diario: “en el gallinero el hotel cambia de color [...], [...] se vuelve una mescolanza de ajos y chorizos fritos, tabaco negro y orina fermentada y cuerpos sudorosos en franca decadencia” (p. 68). La crónica citadina también suma en esta descripción de la maledicencia que el narrador de Abad busca para contraponer lo que representa Paradiso y lo que la ficción relata en su proyección de los estados de excepción y la marginalidad urbana. Zuleta, en su recorrido nocturno por Angosta, en su rol de cronista que releva al narrador extradiegético, lo expresa del siguiente modo:

Vi las turbas de mendigos buscando refugio en los portales, pegados a las paredes, como yo, mal envueltos en trapos, páginas de periódico y cajas desarmadas de cartón. Algunos estaban acostados en los andenes e intentaban dormir, titiritando, interrumpiendo de vez en cuando el duermevela y el temblor para beberse un trago de alcohol industrial que los ayude a llegar al otro día. (p. 69)

Del pasaje anterior deducimos que la atmosfera de la ciudad representada en *Angosta* remite a la intemperie, al desamparo (añadiríamos: a la indiferencia) y, al mismo tiempo, ensambla un muy decadente pero elaborado tapiz de una de las tantas y conocidas desventuras humanas: la pobreza, visible en la mendicidad, el buhonerismo y el desahucio. Así, la urbe proyectada sirve de marco referencial para la denuncia y la exigencia de intervención estatal humanitaria.

Políticas de apartamento

A diferencia de la solidaridad y camaradería registrada en los círculos, en las megaconstrucciones de Puerto Baar los individuos se hallan desprovistos de emociones; la instrumentalización y cosificación de los seres humanos permite de nueva cuenta relacionar a *El sueño de Mariana* con ficciones y narrativas del género de la ciencia ficción y lo distópico en tanto que nos muestra el reverso de la utopía científico-técnica en clave de anticipación. En la novela, la raza humana no solo ha sido reemplazado *de facto*, sino, además, ha desaparecido como opción de trascendencia; en parte, debido a que, en la sociedad ideada por Galán (2008), “los seres humanos querían seguridad y comodidad. Un clon hecho a la medida era la oferta que mejor coincidía con esta demanda” (p. 39). Por ende, las funciones y tareas de los seres humanos son finitas y la mayoría de sus actos y conductas, predecibles. De hecho, la proscripción es de tales dimensiones, que los artistas, empleados y soñadores de los círculos, ante esta realidad hostil e infame, ven la evasión como única solución. Son decenas lo que desean participar a instantes de una realidad *paralela*, caracterizada por lo portátil, lo temporal y lo movedizo. Frente a una *realidad* que liquida cualquier opción distinta a la subordinación y la

doctrina, el extremo de sumergirse en el sueño eterno representa un bálsamo, una vía elusiva del tedio y la desesperanza. Como hemos notado, el acceso al esparcimiento y a la diversión son beneficios de una élite que contempla al ocio como un derecho adquirido. El tapiz que proyecta *Angosta* en este particular se une al discurso crítico de Galán. Así como los círculos someten al encierro a los ciudadanos, en la ciudad de Angosta “no había nada gratis en el Sektor T, ni había parques públicos o conferencias libres o espectáculos a los que se pudiera ir sin pagar. Sabía que en Paradiso, en cambio, había parques sin rejas, se organizaban exposiciones y espectáculos de puertas abiertas” (Abad Faciolince, 2020, p. 42).

La política de “apartamento” instala diferencias considerables y exige la segregación y la exclusión. Al revisar con detalle notamos que, en efecto, Angosta es una metrópoli estratificada, superpoblada y dividida. Sus habitantes han sido rotulados y etiquetados. Cada integrante de la población es fruto del cálculo y la planificación, hasta el punto de parecer el resultado de un ambicioso experimento de ingeniería social:

En el valle estrecho de la Tierra Templada, donde existía una encomienda de indios mansos, o al menos amansados, se quedaron los *segundones*, casta intermedia que se debate entre el miedo a que los confundan con *tercerones* y la ambición de merecer algún día el título de don. (p. 37)

La distinción ordinal que se asigna mediante la adjetivación “segundón” y “tercerón”, y, además, “don” y “doña”, obedece no solo a la representación de una política de segregación extrema, sino también, creemos, a la reinterpretación de categorías histórico-culturales. “Segundón” traduce una necesidad de categorizar y restarle valía a ciertos habitantes de la ciudad imaginada. “Tercerón” podría estar ligado al mestizaje, según el sistema de castas raciales implantado durante la época del dominio español. “Don” es una forma de tratamiento especial, un título de prestigio, nobiliario, reservado a personas de alto rango social en zonas rurales, ligado a la propiedad y tenencia de la tierra y, en zonas urbanas, vinculado con la capacidad económica.

Volviendo a lo que incumbe a una de las temáticas principales de *Angosta*, insistimos en que la ficción del escritor colombiano diseña una

sociedad ulterior organizada en castas. Como vimos, estos grupos societales están determinados por el Sektor, la temperatura y el clima que habitan, todo lo cual hace legítimo pensar que la ubicación y distribución humanas descritas en *Angosta* se rigen por las condiciones espaciales y atmosféricas. Esto nos permite vislumbrar, además, que el ordenamiento social de la ciudad y el país imaginados es disfuncional y lioso, incluso raya en lo anómico; la degradación ciudadana parece ser su norma; la movilidad social de las clases menos favorecidas, la excepción. De esta forma, al tiempo que la novela de Abad incorpora asuntos relacionados con la violencia, la vigilancia y el control, asimismo exhibe entre sus principales características la paranoia, el odio y la desigualdad sociales.

A esta clara tendencia hacia el delirio y el pavor generalizados, súmese el doble rasero de la brújula moral de los angosteños más ricos. Hablamos de los miembros del Tribunal, quienes tienen la potestad de la vida o la muerte. En la novela son identificables organismos que infunden terror y mantienen en vilo a los ciudadanos. La policía secreta o la Secur figuran entre estos. De ella podría pensarse que está conformada por miembros del ejército, pero, en realidad, es “el más sanguinario grupo paramilitar de Angosta” (Abad Faciolince, 2020, p. 40). Es el responsable de las desapariciones que ocurren constantemente en la urbe. Por ejemplo, en medio de una reyerta ocurrida a las afueras del gallinero en el Hotel La Comedia, se reseña que, de dos hombres que se enfrentaban a cuchillo, resultó uno “muerto y el otro desaparecido por la policía secreta, como castigo y escarmiento para que cosas así no se repitan” (p. 49). Esta es una declaración y denuncia de la voz narrativa sobre los métodos empleados en la ciudad regulada para imponer la disciplina del régimen autoritario, cuya práctica incluye la violación de los derechos humanos y la comisión de crímenes de lesa humanidad como parte de las operaciones de seguridad e higiene social.

Al cierre

La ruptura paradigmática con un modelo de narrar y sentir lo urbano desde lo ideal, lo utópico y lo arcádico (que a su vez implica la asunción de

ciertas posturas por parte de la comunidad de hombres de letras que agrupa a creadores, críticos y agentes) tiene una influencia considerable en el tratamiento y la circulación de otros temas y asuntos literarios a principios de este siglo. Muchos de esos fondos y tendencias narrativas parecían agotados, anacrónicos o de discusión cerrada. En todo caso, la realidad lingüístico-literaria que explora preocupaciones y temores ciudadanos actuales ha producido la *ciudad vigente*. Y este *topos* ciudad/novela experimenta un *revival* que los pone nuevamente en el foco de la atención y la crítica, bajo otras maniobras y estrategias fictivas, en clave de anticipación, como se constata en *Angosta* y *El sueño de Mariana*.

En suma, tras realizar un sencillo ejercicio comparativo de ambas novelas, notamos que la exclusividad y el *derecho de admisión* que se abrogan quienes rigen los destinos de las urbes representadas raya en lo estafalario; los faculta incluso para cometer crímenes. El ejercicio de tal prerrogativa sobre el espacio urbano restringe el ingreso y tránsito de los pobladores de sectores menos favorecidos por los cuadrantes, vecindarios y espacios públicos de la ciudad. Asimismo, los dispositivos de seguridad y las tecnologías al servicio de quienes detentan el poder liquidan toda esperanza de los habitantes comunes de ejercer el *derecho a la ciudad* y a lo público, y les niegan cualquier opción migratoria no regulada. Los individuos de *Angosta* y *El sueño de Mariana* son seres que han perdido la categoría de ciudadanos y son objeto de monitoreo y explotación. Los procedimientos de intervención en la vida civil manifiestos en ambas novelas emplean la inteligencia artificial, la cibernética y la robótica. La consecuencia de todo ello es que la privacidad, el libre tránsito, el derecho de expresión y, en general, la *libertad*, los más preciados valores intangibles de nuestro acuerdo social contemporáneo, desaparecen en el vaticinio de un futuro distópico.

Referencias

Abad Faciolince, H. (2020). *Angosta*. Alfaguara.

Augé, M. (2000). *Los "no lugares", espacios del anonimato*. Gedisa.

Boyer, M. Ch. (1996). *CyberCities: Visual perception in the age of electronic communication* Princeton Architectural Press.

Domingo, A. (2008). *Descenso literario a los infiernos demográficos*. Anagrama.

Gaja i Díaz, F. (2016). *Futurópolis: Entre la tecnoutopía y la ecodistopía, o viceversa*. Díaz & Pons.

Galán, J. (2008). *El sueño de Mariana*. F&G Editores.

Galindo, L. (2005, junio). "La ciberciudad: Una visión de lo social y lo urbano desde la cibernética, la sistémica y la comunicología". *Andamios* 1(2), 149-172. <https://www.scielo.org.mx/pdf/anda/v1n2/v1n2a7.pdf>

Pineda, A. (Coord.) (2021). *Poder, ideología y propaganda en la ficción distópica*. Tirant lo Blanch.

Waelder Laso, P. (2019, octubre). Hackear la ciudad algorítmica: Arte urbano y nuevos medios. *Hispanismes*, (14), 1-19. <https://doi.org/10.4000/hispanismes.417>